

céfiro

ZÉPHYROS

**REVISTA DE
ECONOMÍA Y GESTIÓN**

AÑO 3 NÚMERO 2
PRIMAVERA 2016

Keynes, el pleno empleo y la estabilidad de precios

Por Agustín A. Mario¹

“Si la Tesorería se pusiera a llenar botellas viejas con billetes de banco, las enterrara a profundidad conveniente en minas de carbón abandonadas, que luego se cubrieran con escombros de la ciudad, y dejara a la iniciativa privada, de conformidad con los bien experimentados principios del *laissez-faire*, el cuidado de desenterrar nuevamente los billetes... no se necesitaría que hubiera más desocupación y, con ayuda de las repercusiones, el ingreso real de la comunidad y también su riqueza de capital probablemente rebasarían en buena medida su nivel actual. Claro está que sería más sensato construir casas o algo semejante; pero si existen dificultades políticas y prácticas para realizarlo, el procedimiento anterior sería mejor que no hacer nada” (Keynes, [1936] 2005:119, énfasis agregado).

En una carta a George Bernard Shaw el 1 de enero de 1935, Keynes escribió “creo estar escribiendo un libro de teoría económica que revolucionará en gran parte —no, supongo, inmediatamente pero en el curso de los próximos diez años— la manera en que el mundo piensa acerca de los problemas económicos”. La pretensión de Keynes resultó ser cierta; su libro —la Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero, en adelante TG— de hecho revolucionó la teoría económica y en mucho menos que una década.

En este artículo, en primer lugar, presentamos la teoría de la demanda efectiva, central en la TG de Keynes. La proposición clave de este enfoque puede enunciarse como sigue: las firmas contratan la cantidad de trabajadores que necesitan para producir lo que esperan vender, y no hay razón alguna para presuponer que esto sea consistente con la ocupación plena —la economía puede estar en equilibrio con desempleo (involuntario). Durante la segunda posguerra, las políticas “keynesianas”² procuraron que la demanda efectiva fuera suficiente para sostener la ocupación plena. Sin embargo, no todo era color de rosa: como suele afirmarse en la mayoría de los libros de texto de economía actuales, las políticas “keynesianas” generaron niveles intolerablemente altos de inflación. De hecho, cualquier economista —incluso aquellos autodenominados keynesianos— que se precie de serlo afirmaría que la política económica enfrenta un *trade-off* entre desempleo e inflación. Intentaremos mostrar que el “keynesianismo” se alejó de las ideas del propio Keynes respecto de la relación entre desempleo e inflación. Lo que es más importante, argumentaremos que las políticas “keynesianas” que descansan en el mecanismo del multiplicador no eran en realidad el tipo de intervenciones preferidas por Keynes, quien abogaba por intervenciones “directas”. Para ello, analizaremos la (estrecha) vinculación entre su teoría del dinero y el desempleo involuntario, así como la relevancia de las unidades de medida utilizadas en la TG. En particular, una política podría implementarse de modo que el trabajo ordinario se transformara en el patrón de valor —garantizando su plena ocupación—.

1. Docente UNM. Doctorando en Economía. Correo electrónico: amario@conicet.gov.ar

2. De aquí en adelante utilizamos el término “keynesiano” entre comillas para indicar lo que Joan Robinson llamó “keynesianos bastardos”, la mirada Keynesiana ortodoxa o de libro de texto.

1. La demanda efectiva y las políticas “keynesianas”

La TG de Keynes presentó la teoría de la demanda efectiva que usualmente se identifica como “Teoría Keynesiana”. Keynes caracterizó como involuntariamente desempleadas a aquellas personas dispuestas a trabajar al salario vigente que, no obstante, nadie desea contratar (Keynes, [1936] 2005:33). El desempleo involuntario se origina en la insuficiencia de la demanda efectiva (Keynes, [1936] 2005:39-46). Como se desprende de la identidad del producto, a nivel agregado los flujos de gasto e ingreso a lo largo de un determinado período de tiempo deben ser iguales. El ingreso puede destinarse al consumo o al ahorro. El gasto está compuesto por la demanda privada –consumo más inversión–, la demanda del sector público –gasto público neto de la recaudación impositiva–, y la demanda del sector externo –exportaciones netas–. Como a nivel agregado, el ingreso debe ser igual al gasto, la suma de consumo más ahorro debe igualarse a la suma del gasto privado, público y externo. De aquí que, en equilibrio, el ahorro debe ser igual al gasto no destinado al consumo. No obstante, debido a que el ahorro y el gasto no destinado al consumo se determinan independientemente el uno del otro –ya que dependen de factores distintos–, nada garantiza que se igualen en el nivel que corresponde a la ocupación plena³. Específicamente, es el gasto no destinado al consumo lo que determina el volumen del ahorro y, por lo tanto, es el gasto –la demanda efectiva– lo que determina el nivel de ingreso de equilibrio de la economía, el cual, a su vez, se corresponde con un nivel de ocupación.

Dado un determinado nivel de ingreso, existe un nivel de ahorro deseado (Keynes, [1936] 2005:42) –el complemento de lo que Keynes denomina “propensión a consumir”–. El ahorro deseado determina el nivel de demanda efectiva necesario para procurar la ocupación plena o, lo que es lo mismo, para cerrar la brecha de la demanda (*demand gap*): el ingreso que la población no desea gastar.

En la medida en que el gasto no destinado al consumo sea suficiente para satisfacer el ahorro deseado, la economía podrá sostener el pleno empleo⁴. Si, por el contrario, el gasto no destinado al consumo privado es insuficiente para satisfacer el ahorro deseado, la economía alcanzará un equilibrio con desempleo involuntario⁵. El ingreso nominal se reducirá (dividido, por supuesto, en precios y cantidades) hasta igualarse con la –menor–

3. La teoría “clásica” –en los términos de Keynes– de la ocupación hacía depender al ahorro y la inversión de la tasa de interés, cuya flexibilidad garantizaba que ambas se igualaran en el nivel correspondiente al pleno empleo. De hecho, el mercado “clásico” de capital era el mecanismo que aseguraba el cumplimiento de la Ley de Say. En pocas palabras, el ingreso siempre se gasta: por un lado, puede destinarse al consumo; por el otro, puede ahorrarse. Pero si se ahorra, la flexibilidad de la tasa de interés garantiza que la totalidad del ahorro se traduzca en inversión. Queda claro, entonces, que si el ahorro y la inversión dependen de factores distintos nada garantiza el cumplimiento de la Ley de Say y, por lo tanto, el sistema no cuenta con mecanismos “automáticos” que lo conduzcan al pleno empleo.

4. Si el gasto no destinado al consumo superara al ahorro deseado, todo el aumento del ingreso –por encima del que satisface el ahorro deseado– se destinaría al consumo, hasta el nivel dado por la demanda efectiva –excepto en el extraño caso en el que todo el ingreso adicional se destine al ahorro–. Esto generaría inflación pura, esto es, la combinación de una mayor demanda con una oferta que no puede responder, pues ya se encuentra en el nivel correspondiente a la ocupación plena.

5. El principio de la demanda efectiva rechaza la existencia de un “mercado laboral” en el sentido usual del término (curvas de oferta y demanda de trabajo bien definidas que toman al salario real como parámetro), ya que el trabajo no es como otras mercancías –no puede ser apropiado o almacenado, y no es tan móvil como otros “factores de producción” (Galbraith, 1997). El salario real no se determina en el mercado de trabajo o, lo que es lo mismo, los trabajadores no pueden reducir el salario real (y así aumentar el volumen de la ocupación) aceptando un salario nominal menor –a menos que, de algún modo, la reducción del salario disminuya el deseo de ahorro y aumente, así, la demanda efectiva–. En cambio, la demanda efectiva determina el nivel de empleo de equilibrio, el cual –dada la productividad del trabajo– establece el salario real.

demanda efectiva⁶. El ahorro deseado no podrá realizarse o, lo que es lo mismo, habrá personas involuntariamente desempleadas. Como no se desea gastar la totalidad del ingreso —el ahorro deseado es mayor a cero—, el gasto de consumo no es suficiente para que se generen ingresos tales que satisfagan el ahorro deseado, es decir, que la demanda efectiva sea la necesaria para alcanzar el pleno empleo⁷.

Siempre que el sector no gubernamental —sector privado más sector externo— desee un ahorro nominal neto —esto es, un superávit—, el sector público deberá, necesariamente, tener un déficit de modo de satisfacer el deseo de ahorro o, lo que es lo mismo, sostener el nivel de demanda efectiva correspondiente a la plena ocupación.

La teoría de la demanda efectiva ofreció un diagnóstico acerca de las causas del desempleo involuntario. Pero, además, de este enfoque se desprenden recomendaciones para la política económica. Así, las políticas “keynesianas” de expansión —fiscal y monetaria— generalizada abordarían, eventualmente, la desocupación. Como sostiene Paul Davidson, “La política fiscal del gobierno es concebida como la rueda de equilibrio, incrementando exógenamente la demanda agregada cuando el gasto del sector privado se queda corto respecto del nivel de demanda efectiva de pleno empleo y reduciendo la demanda si la demanda agregada excede el nivel de pleno empleo” (Davidson, 1994:79). En la medida en que la demanda efectiva sea suficiente para comprar todo el producto —a precios de mercado—, la economía se moverá hacia la plena ocupación.

Sin embargo, hacia fines de los 1970s, el paradigma keynesiano se había fragmentado en facciones “Keynesianas” y “Monetaristas”, y hacia finales de los 1990s quedaba muy poco de la revolución Keynesiana. De acuerdo con Randall Wray, las políticas “keynesianas” de manejo de la demanda agregada eran: “...diseñadas para “cebar la bomba” con gasto público agregado que incrementan la demanda privada suficientemente para bajar el desempleo hasta el nivel de “pleno empleo”. El peligro es que esto lleva a mercados laborales rígidos debido a cuellos de botella en sectores de avance rápido o alta productividad que arrastrarán a toda la estructura salarial de modo que la inflación se generará mucho antes de que el pleno empleo pudiera alcanzarse. De hecho, muchos economistas en la actualidad creen que las políticas Keynesianas probaron ser un “fracaso” precisamente porque los mercados laborales rígidos generaron niveles inaceptables de inflación.” (Wray, 1998:134).

Por lo tanto, “Uno podría decir que las políticas Keynesianas tienden a inducir la contratación “desde arriba”, estimulando la demanda privada suficientemente que las firmas tratarán de contratar a los trabajadores más calificados. Conforme la demanda agregada es estimulada, las firmas intentan ofertar a los trabajadores empleados de otras firmas, así como también intentan inducir a los trabajadores desempleados hacia la fuerza laboral. No es sorprendente que se requieran niveles muy altos de demanda agregada para inducir a las firmas a contratar

6. Esta es la idea detrás de la paradoja de la frugalidad: el ahorro no crea ingreso. Dado un nivel de ingreso, un aumento del ahorro (reducción del consumo) por parte de un individuo implica una reducción del ingreso de las firmas, las que eventualmente reducirán el nivel de empleo. De esta forma, un aumento del ahorro individual termina reduciendo el ingreso de la economía y, por lo tanto, el volumen del ahorro. La paradoja de la frugalidad constituye un ejemplo de “falacia de composición”: lo que es cierto a nivel individual no lo es a nivel agregado.

7. De la teoría de la demanda efectiva debe quedar claro que el desempleo no se origina en la falta de educación, calificación, capacitación o entrenamiento de los trabajadores. En el mejor de los casos, mejorar las calificaciones —y, en general, los cambios en las características personales de los trabajadores— permite avanzar en la “fila de los desempleados”, es decir, sólo redistribuye el desempleo. El desempleo agregado se debe a la insuficiencia del gasto. Si este es insuficiente, el desempleo persistiría aún cuando toda la población fuera altamente calificada. Wray (2006:2-3) utiliza el siguiente ejemplo para ilustrar el problema del desempleo: “Digamos que tenemos 10 perros y enterramos 9 huesos en el jardín. Enviamos a los perros a encontrar los huesos. Al menos un perro volverá sin un hueso... Decidimos que el problema es falta de entrenamiento. Ponemos a ese perro en un riguroso entrenamiento sobre las últimas técnicas de búsqueda de huesos. Enterramos 9 huesos y mandamos a los 10 perros afuera de nuevo. El perro entrenado termina con un hueso, pero algún otro perro vuelve sin un hueso (con la lengua afuera, por decirlo así)”.

a los trabajadores menos cualificados, y de otro modo menos deseables, y que esto se logre sólo después de que los salarios de los trabajadores más deseables hayan sido aumentados.” (Wray, 1998: 153).

El propio Keynes había advertido que “...la suma de las elasticidades del precio y de la producción, como respuesta en los cambios en la demanda efectiva (medidos en unidades de salarios) es igual a la unidad. La demanda efectiva se agota en parte afectando la producción, y en parte influyendo sobre el precio...” (Keynes, 1936:241). En otras palabras, el ajuste por precios puede darse antes de alcanzar el pleno empleo —y probablemente este sea mayor cuanto más nos aproximemos a esta situación⁸.

Lo cierto es que las políticas “keynesianas”, por un lado, no garantizan el desempleo involuntario cero —nada asegura que el incremento de la demanda llegue a los trabajadores menos calificados—, y, por el otro, no cuentan con un ancla nominal anti-inflacionaria. Incluso, para contrarrestar las tensiones de precios, los gobiernos deben limitar la cantidad de bienes y servicios que compran —deben limitar el gasto o, lo que es lo mismo, forzar el desempleo cuando aún los trabajadores menos calificados (los últimos contratados y los primeros despedidos) no han hallado empleo. En pocas palabras, si los gobiernos pagan precios de mercado por los bienes y servicios que adquieren, entonces efectivamente un cierto nivel de desempleo es necesario para contener la inflación. En la actualidad, aún economistas “keynesianos” consideran necesario utilizar el trabajo desempleado como herramienta para mantener la estabilidad de precios; esto es, operar con una regla de cantidad fija y precio variable.

Sin embargo, para Keynes, esta estrategia “pertenece a esa clase de remedios que curan la enfermedad matando al paciente” (Keynes, [1936] 2005:270), ya que “Nadie tiene legítimo interés creado en comprar a precios bajos cuando lo son exclusivamente porque la producción es corta” (Keynes, 1936:274), y utilizar el desempleo para frenar la inflación es “locamente improbable”: “La creencia de los conservadores en que hay una ley natural que impide a los hombres estar empleados, que es “imprudente” emplear a trabajadores y que es financieramente “adecuado” mantener a un décimo de la población en el ocio por un período indefinido, es una locura improbable: la clase de cosas que a nadie se le ocurrirían si no fuera por haberse llenado la cabeza de tonterías por años y años” (Keynes, 1929:10).

2. El desempleo como un fenómeno monetario

Si bien la TG de Keynes presentó la teoría de la demanda efectiva, su anterior Tratado sobre el Dinero (1930) proveyó un tratamiento más detallado de su teoría monetaria. Keynes rechazaba la idea de que el dinero tuviera un valor intrínseco: “El dinero es la medida del valor, pero referirlo como teniendo valor el mismo es una reliquia de la mirada de que el valor del dinero es regulado por el valor de la sustancia de la cual está hecho, y es como confundir el ticket del teatro con la obra” (Keynes, 1983:402).

8. La curva de “oferta agregada” no es horizontal y, por ende, un aumento de la demanda se descompone en subas de cantidad y precio, es decir, existe lo que Keynes denominó “semi-inflación”. Nótese que esto podría tener lugar en un contexto competitivo —sólo requeriría la existencia de costos crecientes o rendimientos decrecientes—. Por supuesto, en la medida en que las firmas tengan poder de mercado —capacidad para elegir los precios a los que venden su producción—, el efecto precio ante una variación de la demanda podría ser todavía más significativo. Es decir, una estructura de mercado monopolística u oligopolística podría implicar que una porción mayor del aumento de la demanda se traduzca en aumentos de precios —en comparación con una estructura de mercado competitiva—, pero de ningún modo es necesario suponer la ausencia de un contexto competitivo para argumentar que los precios pueden subir antes de que la economía alcance el pleno empleo; todo lo que se requiere es que el costo unitario dependa positivamente del nivel de producción.

De hecho, Keynes adopta la teoría chartalista del dinero al afirmar que la “Edad del dinero chartalista o estatal” había comenzado, cuando el estado “reclamó el derecho no sólo de hacer cumplir el diccionario pero también de escribir el diccionario” (Keynes, [1930] 1976:5).

Aunque sostenía que la historia del dinero está “pérdida en las nieblas del tiempo cuando el hielo se estaba derritiendo...cuando el clima era delicioso y la mente libre para ser fértil de nuevas ideas -en las islas de las Hespérides o Atlantis o algún Edén de Asia Central” (Keynes, [1930] 1976:13), Keynes afirmaba que “Un dinero de cuenta viene a la existencia junto con las deudas, que son contratos para pago diferido, y listas de precios, que son ofertas de contratos para venta o compra. Tales deudas y listas de precios, ya sea que se registren boca a boca o por anotaciones en ladrillo cocido o documentos de papel, sólo pueden ser expresadas en términos de un dinero de cuenta...El dinero en sí, a saber aquello mediante cuya entrega los contratos de deuda y los contratos de precio son descargados, y en la forma del cual un almacén de poder de compra general es mantenido, deriva su carácter de su relación con el dinero de cuenta, ya que el dinero y los precios deben primero haber sido expresados en términos de este último...*El dinero propiamente dicho en el sentido pleno del término sólo puede existir en relación a un dinero de cuenta...el dinero de cuenta es la descripción o título y el dinero es la cosa que responde a la descripción...*El Estado, por lo tanto, entra primero que nada como la autoridad de la ley que hace cumplir el pago de la cosa que corresponde al nombre o descripción en los contratos. Pero entra doblemente cuando, además, ostenta el derecho a determinar y declarar qué cosa corresponde al nombre, y a variar su declaración de tiempo en tiempo -cuando, es decir, ostenta el derecho a re-editar el diccionario. *Este derecho es ostentado por todos los estados modernos y esto ha sido así por unos cuatro mil años al menos*” (Keynes, [1930] 1976: 3-4, énfasis agregado).

Y apoyaba explícitamente la posición de Knapp:

“Knapp acepta como “Dinero” -correctamente pienso- cualquier cosa que el Estado se comprometa a aceptar en sus oficinas de pago, más allá de que sea declarado de curso legal entre ciudadanos...”Al costo de no ajustarme por completo con el uso corriente, propongo incluir como Dinero-Estatal no sólo el dinero que es él mismo de curso legal obligatorio pero también el dinero que el Estado o el banco central se comprometen a aceptar en pago a él mismo o a intercambiar por dinero de curso legal obligatorio” (Keynes, [1930] 1976:6).

Para Keynes, el dinero estatal puede tomar cualquiera de las tres formas siguientes: “Dinero Mercancía, Dinero Fiduciario, Dinero Administrado, los últimos dos siendo sub-especies de

Dinero Representativo” (Keynes, 1930: 7). El dinero-mercancía es definido como “*unidades reales de una mercancía particular, libremente obtenible, no monopolizada que resulta haber sido elegida para los propósitos familiares del dinero*” o “*garantías de almacén para unidades de la mercancía realmente existentes*”; el dinero fiduciario es dinero representativo “*el cual es creado y emitido por el Estado, pero no es convertible por ley en ninguna otra cosa que él mismo, y no tiene valor fijo en términos de un estándar objetivo*”. Éste es diferenciado del dinero administrado, el cual “es similar al Dinero Fiduciario, excepto que el Estado se compromete a manejar las condiciones de su emisión de manera tal que, por convertibilidad o de otro modo, tendrá un valor determinado en términos de un estándar objetivo” (Keynes, 1930: 7-8); el dinero administrado es la forma más generalizada de dinero, el cual “*puede degenerar en Dinero Mercancía por un lado cuando la autoridad de gestión mantiene contra él un cien por ciento del estándar objetivo, de modo que es en efecto una garantía de almacén, y en Dinero Fiduciario del otro lado cuando pierde su estándar objetivo*” (Keynes, 1930:7-8). Aún si decide un estricto sistema de mercancía, *el valor del dinero no se deriva de la mercancía aceptada como dinero*, “porque el Chartalismo empieza cuando el Estado designa el estándar objetivo el cual corresponderá al dinero de cuenta” (Keynes, 1930:11).

En la TG, Keynes vinculó estrechamente el desempleo involuntario con la naturaleza del dinero. Si el dinero pudiera “producirse” trabajando (i.e. si el dinero fuera una mercancía) aquellos que están desempleados siempre podrían convertirse en auto-empleados produciendo “dinero”, y los empresarios podrían aplicar trabajo a producir “dinero”. No obstante, en las economías monetarias modernas, el dinero no puede “producirse” trabajando. En el capítulo 17 de la Teoría General, Keynes sostuvo que “... *el dinero tiene...una elasticidad de producción de cero o en todo caso una muy pequeña, por lo que respecta al poder de la empresa privada, como cosa distinta de la autoridad monetaria -queriendo decir por elasticidad de producción a este respecto la reacción del volumen de mano de obra dedicado a producirla ante un aumento en la cantidad de trabajo que se puede comprar con una unidad de la misma-. Esto quiere decir que **el dinero no se puede producir fácilmente –los empresarios no pueden aplicar a voluntad trabajo a producir dinero** en cantidades crecientes a medida que su precio sube en términos de unidades de salarios. En el caso de una moneda inconvertible dirigida, esta condición se satisface estrictamente: pero en el de una moneda de patrón oro es también aproximadamente lo mismo, en el sentido de que la máxima adición proporcional a la cantidad de trabajo que puede ser empleada en esta forma es muy pequeña, excepto, desde luego, en un país en el que la minería de oro sea la industria principal.*” (Keynes, 2005:196-197, énfasis agregado).

Por lo tanto, “...*la desocupación prospera porque la gente quiere coger la luna con la mano -los hombres no pueden lograr ocupación cuando el objeto de su deseo (es decir, el dinero) es algo que no puede producirse y cuya demanda no puede sofocarse con facilidad. No queda más remedio que persuadir al público que el queso verde es prácticamente la misma cosa y poner la fábrica de ese queso (es decir, un banco central) bajo la dirección del poder público*” (Keynes, 2005:200-201, énfasis agregado).

Para Keynes, entonces, la desocupación es un fenómeno monetario; es la existencia de un dinero chartal lo que abre la posibilidad del desempleo involuntario⁹. La desocupación surge porque el dinero no puede producirse trabajando –no es una mercancía, en el sentido de que tiene una elasticidad de producción nula para el sector privado. Pero la desocupación no se solucionaría utilizando cualquier mercancía como dinero ya que “...*la propiedad tradicionalmente considerada como la que hace al oro especialmente adecuado para usarse como patrón de valor, es decir, la inelasticidad de su oferta, resulta precisamente la característica que está en el fondo de la dificultad.*” (Keynes, [1936] 2005:201). En pocas palabras, incluso si pudiéramos imaginar que el oro pueda transformarse en dinero, aún sufriríamos desempleo porque la distribución de reservas de oro hace improbable que todos los desempleados puedan volverse mineros de oro. Si, en cambio, el dinero fuera una mercancía cuya producción requiriera “poco esfuerzo” -su oferta fuera muy elástica-, el dinero tendría “poco” valor –su relativa escasez (la inelasticidad de su oferta) es lo que mantiene el valor del dinero. De aquí la importancia de que el poder público regule la oferta de dinero.

9. “...uno quiere explicar el hecho empírico de que el desempleo involuntario sólo está asociado con economías contractuales que usan dinero. En otras palabras, las economías reales que no usan dinero y contratos laborales en dinero para organizar la producción (e.g., feudalismo, economías esclavistas, Isleños del Mar del Sur descubiertos por Margaret Mead, etc.) pueden...[enfrentar] un futuro incierto -pero nunca hay un problema importante de desempleo involuntario. Los esclavos están siempre plenamente empleados como lo están los siervos en el feudalismo. . . Finalmente debe ser notado que las manadas de animales, los bancos de peces, etc. se organizan juntos para resolver los problemas económicos de qué, cómo y para quién, sin usar dinero, contratos o mercados, estos animales aún enfrentan complejos problemas no lineales en su búsqueda de alimento y la interacción con otras manadas. Sin embargo los animales nunca sufren de desempleo involuntario” (Paul Davidson, 1978).

3. Objetivos de política y unidades de medición: la posibilidad del pleno empleo con estabilidad del valor del dinero

Para Keynes, “*Los principales inconvenientes de la sociedad económica en la que vivimos son su incapacidad para procurar la ocupación plena y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos.*” (Keynes, 1936:307). Por lo tanto, las políticas económicas deben analizarse teniendo en cuenta sus efectos sobre el nivel de ocupación. De hecho, como argumentó Keynes, sólo hay dos unidades de medida obvias —trabajo y dinero—: “*Al tratar de la teoría de la ocupación me propongo, por tanto, usar solamente dos unidades fundamentales de cantidad, a saber, cantidades de valor en dinero y cantidades de ocupación.*” (Keynes, 1936:52). Disconforme con los procedimientos habitualmente adoptados por los economistas¹⁰, Keynes propone una unidad de medida diferente para comparar las variables en términos “reales”: la unidad de salario (*wage unit*). Para expresar una variable nominal en unidades de salario se debe dividir el valor monetario por el salario mínimo. Así, las cantidades de dinero se expresan en los sueldos mínimos que pueden adquirir —la cantidad de trabajo “ordinario” que puede comprarse con ese dinero—. Por lo tanto, las variables reales se miden en “cantidades de trabajo —ordinario—”. En pocas palabras, de modo consistente con lo que consideraba el “principal problema” económico, el desempeño del sistema debe medirse, según Keynes, directamente en términos de ocupación: el objetivo es el nivel de empleo.

A poco que se analicen las unidades de medida planteadas por Keynes, surgen, al menos, dos problemas. Por un lado, el salario mínimo no permanece necesariamente fijo a través del tiempo y, por lo tanto, no constituye una medida invariable del valor. Esto es, la cantidad de sueldos mínimos que una cantidad de dinero puede comprar, podría verse afectada simplemente por cambios en la unidad de salario —sería, por así decirlo, como intentar medir una longitud con un “metro” variable. Por otro lado, surge la necesidad de decidir cuál es el salario mínimo que debería considerarse. Ciertamente, el salario mínimo “legal”, en muchos casos, no resulta representativo de la situación del mercado laboral en su conjunto. Yendo aún más lejos, si —como afirmaba Hyman Minsky— en la medida que haya personas involuntariamente desempleadas, el salario mínimo efectivo de la economía es cero, la medición en términos de trabajo propuesta por Keynes quedaría indeterminada!

No obstante, existe una política¹¹ que se encargaría de resolver ambas dificultades y, por si esto fuera poco, garantizaría la ocupación plena de modo permanente. Esta política sería, según creemos, en todo consistente con los aportes teóricos —y las preferencias de política— del propio Keynes. Se trataría de establecer un sistema de dinero administrado (*managed money*), en la línea del planteo de Keynes en el *Treatise* (Keynes, [1930] 1976:7-8), en el cual el “estándar objetivo” sea, precisamente, el trabajo ordinario. Es decir, un patrón-trabajo: una convertibilidad entre las dos unidades de medida utilizadas por Keynes en su teoría de la ocupación —el trabajo y el dinero.

El gobierno podría fijar —exógenamente— el precio del estándar (que se convertiría en el salario mínimo efectivo de la economía) y dejar flotar la cantidad. En consecuencia, todos los precios podrían expresarse en horas de trabajo ordinario o, lo que es lo mismo, en salarios mínimos. La autoridad fijaría la unidad salario (*wage unit*) y, por lo tanto, garantizaría la estabilidad del valor de la moneda —en términos de trabajo ordinario—.

10. Para calcular el valor real de las variables monetarias, la práctica habitual consiste en dividir las por algún índice de precios que represente un determinado conjunto de bienes y servicios —un procedimiento rechazado por Keynes en la Teoría General.

11. Minsky (1965) propuso colocar al estado como Empleador de Última Instancia (ELR, por sigla en inglés), aún cuando no vinculó su propuesta con la teoría de Keynes. Para un análisis de la viabilidad económica de un programa de este tipo en la Argentina, puede consultarse Mario (2016).

Como en cualquier esquema de convertibilidad, esta política implicaría la posibilidad de comprar/vender todo el tiempo de trabajo ordinario que se desee al precio fijo de conversión. En consecuencia, el estándar objetivo — en este caso, **el trabajo ordinario- se encuentra plenamente empleado/utilizado**, siempre es posible vender aquello cuya convertibilidad se encuentra asegurada.

A diferencia de las políticas “keynesianas” de manejo de la demanda que descansan en el mecanismo del multiplicador para alcanzar el pleno empleo, Keynes parecía favorecer intervenciones más **directas**. En la Teoría General, había advertido que: “... *si nos vemos tentados de asegurar que el dinero es el tónico que incita la actividad del sistema económico, debemos recordar que el vino se puede caer entre la copa y la boca; porque si bien puede esperarse que, ceteris paribus, un aumento en la cantidad de dinero reduzca la tasa de interés, esto no sucederá si las preferencias por la liquidez del público aumentan más que la cantidad de dinero; y mientras puede esperarse que, ceteris paribus, un descenso de la tasa de interés aumente el volumen de la inversión, esto no ocurrirá si la curva de la eficiencia marginal del capital baja con mayor rapidez que la tasa de interés*”¹²; y *mientras es de suponer que, ceteris paribus, un aumento en el volumen de inversión haga subir la ocupación, esto puede no suceder si la propensión a consumir va en descenso.*” (Keynes [1936] 2005: 150, énfasis agregado).

En “Can Lloyd George Do It?¹³”, Keynes criticó severamente a la oposición:

“La creencia de los conservadores en que hay una ley natural que impide a los hombres estar empleados, que es “imprudente” emplear a trabajadores y que es financieramente “adecuado” mantener a un décimo de la población en el ocio por un período indefinido, es una locura improbable: la clase de cosas que a nadie se le ocurrirían si no fuera por haberse llenado la cabeza de tonterías por años y años.

Las objeciones que se levantan no son mayormente las objeciones de la experiencia o del hombre práctico. Están basadas en teorías altamente abstractas — invenciones académicas, venerables, medio mal entendidas por aquellos que las están aplicando hoy, y basadas en supuestos que son contrarios a los hechos...

*Nuestra principal tarea será, por tanto, confirmar al lector que sus instintos de lo que parece sensato es sensato y lo que parece una estupidez es una estupidez. Intentaremos demostrarle que la conclusión de que **si se ofrecen nuevas formas de empleo más hombres estarán empleados es tan obvio como suena y no oculta problema alguno; que poner a trabajar a los desempleados en labores útiles logra lo que parece hacer: incrementar la riqueza nacional; y que la noción de que por razones intrincadas habremos de arruinarnos financieramente si empleamos estos medios para elevar nuestro bienestar es eso que parece: un embrollo***” (Keynes, 1972:90-92, énfasis agregado).

Más adelante, en respuesta a aquellos que argumentaban que no había suficientes cosas que hacer para encontrar puestos para todos los desempleados luego de la primera guerra mundial:

“Hay innumerables esquemas archivados en las oficinas de gobierno, los hijos de los más activos y progresistas cerebros en el país, los cuales sólo tienen que ser repescados para proveer una gran cantidad de empleo ampliamente distribuido por tipo y localidad.

12. Como Keynes (1936:309-310), preferimos políticas que “significarían la eutanasia del rentista” (no literalmente, por supuesto), especialmente cuando su existencia obstaculiza el aumento de la ocupación y, por lo tanto, el crecimiento de la economía — la clase “rentista” de Keynes que mantiene altas las tasas de interés es un buen ejemplo.

13. Keynes (con Hubert Henderson) escribió un panfleto para apoyar a Lloyd George en la elección general de 1929 sobre una plataforma que proponía reducir el desempleo a través del gasto público.

Tan pronto como tengamos una **nueva atmósfera de hacer cosas**, en lugar de una de asfixiante negación, los cerebros de todos se pondrán a trabajar, y habrá masas de personas que reclamen atención, el carácter preciso de las cuales sería imposible de especificar de antemano” (Keynes, 1972:99, énfasis agregado).

Keynes argumentaba a favor de aumentar el gasto hasta alcanzar el pleno empleo aunque estos fueran “ruinosos”, “si la educación de nuestros estadistas en los principios de la economía clásica impide que se haga algo mejor”. En una reflexión con profundas implicancias de política, cuestionaba que se prefirieran “... las formas de gastos totalmente “ruinosos” a las que sólo lo son parcialmente, que, por no ser un despilfarro completo tienden a juzgarse de acuerdo con principios estrictos “de negocios”. Por ejemplo, la ayuda a los sin trabajo financiada por préstamos se acepta más fácilmente que la financiación de mejoras que dan un rendimiento inferior al tipo corriente de interés; en tanto que la práctica de abrir hoyos en el suelo, conocida como explotación de minas de oro, que no sólo no agrega nada a la riqueza real del mundo, sino que supone la desutilidad del trabajo, es la más aceptable de todas las soluciones”. Por el contrario, argumentaba que: “Si la Tesorería se pusiera a llenar botellas viejas con billetes de banco, las enterrara a profundidad conveniente en minas de carbón abandonadas, que luego se cubrieran con escombros de la ciudad, y dejara a la iniciativa privada, de conformidad con los bien experimentados principios del laissez-faire, el cuidado de desenterrar nuevamente los billetes... no se necesitaría que hubiera más desocupación y, con ayuda de las repercusiones, el ingreso real de la comunidad y también su riqueza de capital probablemente rebasarían en buena medida su nivel actual. Claro está que sería más sensato construir casas o algo semejante; pero si existen dificultades políticas y prácticas para realizarlo, el procedimiento anterior sería mejor que no hacer nada... La analogía entre este recurso y el de la explotación de minas de oro en la vida real es completa” (Keynes, [1936] 2005:119, énfasis agregado).

En el último párrafo de la Teoría General, Keynes advertía: “...las ideas de los economistas... tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad, el mundo está gobernado por poco más que esto. Los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto... tarde o temprano, son las ideas... las que presentan peligros, tanto para mal como para bien.” (Keynes, [1936] 2005:314-315). La teoría proporciona una “mirada del mundo”, unos “anteojos”, a través de los cuáles analizamos la economía. La teoría de Keynes –por oposición a los variopintos “keynesianos”– nos brinda los elementos para alcanzar simultáneamente el pleno empleo y la estabilidad de precios.

Bibliografía consultada

Davidson, Paul (1978), *Money and the Real World*, London: Macmillan.

Davidson, Paul (1994), *Post-Keynesian Macroeconomic Theory: A Foundation for Successful Economic Policies for the Twenty-first Century*, Aldershot: Edward Elgar.

Galbraith, James K. (1997), “Dangerous Metaphor: The Fiction of the Labor Market, Unemployment, Inflation, and the Job Structure”, *Public Policy Brief Note 36*, Levy Economics Institute, New York.

Keynes, John M. ([1929] 1972), *The Collected Writings of John Maynard Keynes, Volume IX: Essays in Persuasion*, London: Macmillan.

Keynes, John M. ([1930] 1976), *A Treatise on Money, Volumes I and II*. New York: Harcourt, Brace & Company.

Keynes, John M. ([1936] 2005), *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Keynes, John M. (1983), *The Collected Writings of John Maynard Keynes, Volume XI: Economic Articles and Correspondence, Academic*, Donald Moggridge (ed.), London: Macmillan.

Mario, Agustín (2016), "El enfoque del empleador de última instancia para el pleno empleo: un análisis de su viabilidad económica en el caso argentino", Tesis de Doctorado en Economía, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires (en evaluación).

Minsky, Hyman (1965), "*The Role of Employment Policy*" en Margaret S. Gordon (ed.) *Poverty in America*. San Francisco: Chandler Publishing Company.

Wray, L. Randall (1998), *Understanding Modern Money: The Key to Full Employment and Price Stability*, Northampton: Edward Elgar.

Wray, L. Randall (2006), "Teaching the Fallacy of Composition: The Federal Budget Deficit", CFEPs Policy Note 06/01 (March).